

RESEÑA DE LIBROS

Emrys Jones y John Eyles, *An Introduction to Social Geography*, Oxford University Press, 1977, 273 pp.

Aceptando la inexistencia de la Teoría de la Sociedad y considerando que en las Ciencias Sociales se trata más bien de interpretaciones alternativas, Emrys Jones y John Eyles, lejos de una supuesta "neutralidad" hacen explícita su posición identificándose con un enfoque particular, no clasista por cierto, para el análisis, como geógrafos, de los problemas sociales de la ciudad.

Esta manifiesta necesidad de tomar partido es sintomática de la entrada que a la discusión meta-teórica y epistemológica han hecho recientemente los geógrafos, en cuyo campo ha sido notoria la ausencia de discusiones acerca de la problemática social, es decir, sobre clases sociales, Estado, etc. Positivamente sintomática, a nuestro parecer, puesto que, como señalaba Jones en otra ocasión "la mayor parte de las ideas que se introducen en la geografía humana provienen no de las ciencias físicas sino de las ciencias sociales". A partir de este reconocimiento, afirman, se hace necesario para los geógrafos relacionar los estudios de la geografía social más firmemente a los procesos que ocurren en la sociedad. En el caso del geógrafo urbano, éste tendrá que analizar los problemas en la ciudad a partir de un mayor entendimiento de las "implicaciones espaciales de los procesos sociales".

Este libro, que se presenta como texto introductorio, de cualquier modo representa un aporte importante al campo de la geografía social y en particular a lo que está por hacerse respecto a la relación "espacio-sociedad". Está organizado alrededor de cuatro aspectos que reflejan, de hecho, los cortes que los autores proponen para el estudio de la problemática espacial: "conceptos", "patrones", "procesos" y "planificación". A su vez, los diez capítulos que lo forman representan los intereses y el trabajo que cada uno de ellos ha realizado anteriormente. Así, por ejemplo, Emrys Jones es el autor de los capítulos que tratan sobre los patrones espaciales de la actividad humana al interior de la ciudad. Representan un análisis del proceso social que, en un caso concreto (Irlanda del Norte), aparece como conflicto religioso dando lugar a pautas de segregación intra-urbanas (Belfast).

Ambos autores coinciden en su preocupación acerca de la "experiencia social", vista ésta en sus "implicaciones espaciales", como patrones (formas y estructuras espaciales) surgidos de la diferenciación entre grupos sociales y sus actividades. Desde esta óptica, apuntan, el espacio es considerado "no como continente de las cosas" es decir, neutro, sino como atributo, es decir, cargado de valores y significados que los distintos grupos le dan en su interacción con los demás integrantes de una formación social.

Dentro de los esfuerzos, tanto de geógrafos como de sociólogos, por explicar y definir la relación entre las formas espaciales y los procesos sociales,

hay algunas conceptualizaciones que merecen citarse. Los autores sintetizan las que consideran más relevantes:

J. W. Watson (1957, en G. Taylor (Comp.), *Geography in the Twentieth Century*, pp. 463-99) define el objeto de estudio en términos de la identificación de áreas diferenciadas producto de asociaciones de fenómenos (sociales) en su relación con el medio ambiente natural.

R. E. Pahl (1965, en R. Chorley y P. Haggett (Comps.), *Frontiers in Geographical Teaching*, pp. 81-100) hace referencia a patrones y procesos de y entre poblaciones definidas socialmente en su ámbito espacial; ubicación que sirve sólo de marco (espacial) del análisis de la realidad social. Este mismo autor formula más adelante (1970, *Whose City?*), una relación recíproca entre espacio y sociedad al señalar que "...las estructuras espaciales tanto reflejan como determinan los procesos económicos y políticos de la sociedad".

A. Buttner (1968, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Vol. 6, pp. 134-135) trata de patrones espaciales y relaciones funcionales entre distintos grupos en un contexto social particular dando lugar, a partir de distintos significados que esto tiene para cada grupo, a formas internas y externas de actividad y al establecimiento de "canales de comunicación" entre ellos.

Eyles (*Progress in Geography*, 6, 1974, pp. 28-87), por su parte, contempla patrones y procesos sociales como resultado de la distribución territorial de los recursos (escasos) y del acceso a ellos por parte de los distintos grupos sociales. Se trata, por tanto, del resultado "socio-espacial" de la distribución desigual de los recursos en la sociedad capitalista.

Por último, E. Jones (*Readings in Social Geography*, 1975, pp. 1-12) señala que se trata de un proceso relacionado al "hacer" y "modificar" formas o patrones espaciales resultado del uso que los distintos grupos sociales hacen del espacio. El énfasis en esta última conceptualización está en el grupo y el uso que hace del espacio, mientras que en la anterior se trata más bien de los problemas que se derivan de esa relación y, por tanto, de posibles soluciones.

Al considerar las ideas expresadas en estas últimas proposiciones acerca de la relación entre formas espaciales y los procesos sociales, se tiene que un estudio enfocado a "lo espacial de las actividades humanas" tendrá que considerar necesariamente, según los autores, cuatro grandes aspectos: *i)* el espacio; *ii)* la forma espacial; *iii)* los procesos generadores y *iv)* los efectos y las posibles respuestas a éstos, lo cual permite formular preguntas como las siguientes: ¿Cuál es el significado que los distintos grupos sociales otorgan al espacio y cuáles las actividades que se llevan a cabo de acuerdo a tal significado?; ¿cómo interpretar y evaluar las formas resultantes? Pero, ¿cómo y por qué se dan estas formas?, es decir ¿cuál es la forma racional de su producción y transformación? y finalmente: ¿qué impacto espacial tendrá cualquier acción? o, en términos más comprensivos, ¿cuál es la implicación espacial de las actividades humanas, es decir, de la práctica social?

Resulta claro que la idea del espacio como continente, o sea, la división del espacio para la delimitación de los estudios geográficos, deja sin resolver varias cuestiones. Por el contrario, el concebir al espacio geográfico como atributo de las cosas permitirá entender el comportamiento y uso social que

los individuos y grupos hacen de éste. El problema de la escala y del tamaño, tan importante para el geógrafo, deja de serlo: se pasa ahora a la relación que se establece a partir del comportamiento de un individuo o grupo frente al conjunto social. En este sentido, podríamos decir que "el espacio es lo que hacemos de él". Sin embargo, esto deja abierta la posibilidad de explicar el comportamiento privilegiando al individuo.

El haber forzado al lector a la reflexión anterior, y la desmitificación del determinismo geográfico y el "geometrismo" de las formas espaciales idealizadas, que los geógrafos se han encargado de enfatizar en sus estudios más recientes, otorga a este libro su mérito e importancia. Se podría decir que los autores proponen, en un primer momento, la identificación clara de la posición de cada grupo con respecto a los demás en todo intento por explicar el uso del espacio y el significado que tiene para ellos. La estructuración del espacio reflejará así la distribución del poder en la sociedad. Esta distribución es, sin embargo, sólo mediadora del efecto de las fuerzas económicas. Toda vez que se acepte esta mediación, será necesario, según los autores, considerar en el análisis y explicación de las estructuras espaciales: *i)* la competencia por los recursos en el nivel de la producción; *ii)* la posición relativa de los grupos en esta competencia; *iii)* la distribución de los recursos y *iv)* el control de ellos o de los mercados por parte de algunos grupos.

Por último, tendría que considerarse la "dinámica social", es decir, los cambios que afectan a la sociedad en su totalidad. Aquí cabría pensar en dos procesos fundamentales para las sociedades contemporáneas: la industrialización y la urbanización. Aún cuando no necesariamente son concurrentes o simultáneos, ambos generan la necesidad de regularlos, administrarlos y controlarlos. Para eso es necesario entenderlos como procesos generadores de cambios sociales en sus modalidades específicas y sus concreciones particulares; presentándose para el geógrafo, la disyuntiva de influir en las políticas a través de una vinculación directa con los que las hacen (el Estado) y señalar las consecuencias de tales acciones y elevar la conciencia política de los grupos menos beneficiados ante las prácticas políticas del Estado. En este sentido este libro sólo ofrece los elementos iniciales para tal decisión.

Los autores abren a los nuevos geógrafos una amplia perspectiva al plantear la necesidad de considerar la espacialidad de los atributos, las actividades y las relaciones entre grupos sociales a partir de una supuesta visión "sagrada" de la sociedad. Sin embargo, queda aún el problema de definir y entender el funcionamiento de la sociedad misma. Es decir, ¿se trata de un conjunto de individuos y grupos cada cual representando intereses propios en un contexto en el que existen mecanismos normativos de resolución social, o se trata de intereses opuestos de clases en conflicto que se derivan de su posición en el proceso de la producción y reproducción de esa sociedad? Una visión entendería al Estado separado de la "sociedad civil", la otra como parte integrante de ella. Esto, obviamente tiene sus repercusiones no sólo a nivel del proceso político y de las políticas públicas, sino de la ubicación del geógrafo en su práctica. No es que un enfoque ignore o rechace los posibles conflictos sociales, sino que señala que existen en el sistema los mecanismos efectivos para administrarlos. Además, esta visión "pluralista" de la sociedad asegura que empíricamente se puede demostrar que el sistema se caracteriza

por la distribución difusa del poder político, lo que permite la concurrencia de distintos grupos interactuando en lo económico, político, social, etc.

Por el contrario, la que podría denominarse como "clasista" enfatiza precisamente la distribución desigual del poder, no sólo político sino económico y social; lo cual permite explicar el sesgo sistemático, y en algunos casos el efecto represivo, de las políticas del Estado. Es decir, la desigual distribución de los recursos sociales disponibles es inherente al sistema de clases y no un resultado de la competencia entre distintos grupos sociales, lo cual tendría por necesidad sus consecuentes implicaciones espaciales.

BORIS GRAIZBORD
El Colegio de México

Héctor Correa (Comp.), *Analytical Models in Educational Planning and Administration*, Amsterdam, North Holland, 1975.

El libro editado por H. Correa no hace énfasis —según el propio compilador— en la novedad de la metodología utilizada. Tampoco pretende cubrir, en forma exhaustiva, la literatura relacionada con el tema. Se trata pues de una colección de "estudios representativos" que utilizan un nivel intermedio de sofisticación matemática.

La metodología utilizada en dichos estudios no va más allá de los instrumentos convencionales de la programación lineal y no lineal, ni de los conceptos básicos más elementales de la teoría económica neoclásica (*v. gc.*, funciones de producción con diferentes tipos de trabajo que se distinguen por los distintos niveles educativos), ni de los métodos econométricos más tradicionales. Los aspectos metodológicos econométricos y teóricos de estas obras no tienen ninguna virtud de originalidad o innovación.

La parte empírica de esta colección de estudios se concentra en los ejemplos de Puerto Rico, Brasil, Chile, Túnez y Paquistán para ilustrar los modelos de planeación educativa a nivel regional y nacional. Los resultados de estos trabajos tienen poca relevancia para el caso de México, debido a las diferencias estructurales entre estos sistemas educativos y el mexicano.

Los estudios sobre la interacción entre el sistema económico y el educativo tampoco se aplican al caso mexicano. Tanto los modelos como sus supuestos no parecen reflejar las condiciones de la economía mexicana; los resultados de algunos de estos estudios (como el de H. Correa y Leonardson) no se refieren de manera específica a ningún país puesto que utilizan una muestra internacional. Los resultados y evidencias empíricas obtenidas por L. Goreaux y A. Manne (*Multi-Level Planning: Case Studies in Mexico*, Amsterdam: North-Holland, 1973) son más relevantes para el estudio de la interacción entre el sistema económico y educativo en nuestro país.

La segunda parte de la obra hace referencia a instituciones educativas norteamericanas, en especial a universidades, con estructuras y planes de educación muy distintos a los mexicanos. Aún más, los objetivos de estos estu-

dios no parecerían de primordial importancia para el estudio de la educación superior en México.

En resumen, los ensayos no cuentan con instrumentos metodológicos y teóricos innovadores y las referencias empíricas no parecen ser relevantes para el caso mexicano.

Este libro está dirigido a dos tipos de lectores: el especialista y el no especialista. Para el primero, que tiene acceso a las revistas especializadas, la obra no sería de gran utilidad. El segundo encontrará que, debido al grado de sofisticación matemática y a la falta de estudios sobre México, el trabajo es poco atractivo para sus propósitos.

JAIME JOSÉ SERRA PUCHE
El Colegio de México

Mario Miranda, *La educación como proceso conectivo de la sociedad, la ciencia, la tecnología y la política*, México, Ed. Trillas, 1978, 192 pp.

Miranda Pacheco presenta en este libro un estudio que realizó sobre el papel que cumple la educación dentro de la sociedad moderna. La educación es concebida, al mismo tiempo que proceso conectivo, como el conjunto de preceptos que le dan cohesión al saber y que reproducen de manera sistemática las ligaduras más consistentes que puede tener la sociedad comprendida en su totalidad.

El libro forma parte del material de estudio que integran las series de cursos básicos para la formación de profesores que lleva a cabo la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior.

El autor señala que una de las áreas de la educación que no ha sido lo suficiente atendida es la de la formación de profesores de nivel superior: "Mientras desde la preprimaria hasta la secundaria se cuenta con todo un sistema de Normales en las que se prepara al personal que ha de hacerse cargo de la docencia en estos niveles, en cambio a partir del ciclo superior de la enseñanza media, y específicamente en lo que hace a la educación superior (universidades e institutos de orden semejante), el personal dedicado a las tareas docentes es por lo regular tomado o seleccionado de entre los egresados de la propia institución a la que van a servir, sin considerar ni exigir el bagaje de información y la formación que se requieren para desempeñar con eficiencia las funciones magisteriales". La necesidad de apoyar la formación de grupos docentes de alto nivel ha sido la principal meta de la obra del Dr. Miranda.

Señala el Dr. Miranda que "El aumento de las fuerzas productivas, estimulado por las crecientes necesidades individuales y colectivas, la división social del trabajo y el papel que desempeñan las distintas clases sociales, son factores que han facilitado el paso de una mentalidad fantástica y precientífica al ejercicio y desarrollo de un pensamiento lógico... El impacto social más poderoso de la ciencia y de la técnica modernas se traduce en el proceso

educativo. La educación moderna, por las múltiples funciones que cumple, constituye una tentativa permanente de comprender el sentido y valor de los elementos que integran nuestra vida cotidiana, para utilizarlos en una práctica coherente. Sin embargo, estos elementos han surgido, en gran parte, de los logros de la ciencia y de las realizaciones de la técnica que, a su vez, se han desarrollado y conservado a través del proceso educativo" (pp. 17-18).

Este reciclaje entre proceso histórico y proceso educativo quizás sea la constante más clara y determinante de una formación social cualquiera, de donde podríamos pensar que el avance educativo está directamente relacionado con el desarrollo histórico y que este desarrollo depende en gran medida de la calidad y cantidad de los recursos dedicados a la educación entendida como reproductora de los sistemas de conocimiento creados por el hombre.

"La ciencia, en tanto que producto histórico, está determinada por el desarrollo social y, a su vez, impulsa el progreso de la sociedad... [de tal suerte que] las primeras rebeliones de la razón frente a la fe están insperablemente unidas a la formación de las nuevas clases sociales que aparecieron en las ciudades del medievo. La burguesía y el artesanado de aquella época, para expresar sus representaciones, ideas y valores, tuvieron que buscar nuevas formas de pensamiento, distintas de las que había difundido la clase dominante del feudalismo. Los intereses económicos, políticos y culturales de estas clases urbanas influyeron decisivamente en la identificación de nuevos problemas científicos y en el logro de soluciones diferentes de las que había legado la ciencia antigua" (pp. 19-20).

Este rompimiento de la estructura medieval de la ciencia no es más que la expresión de la crisis económica del sistema feudal que al no poder contener las "relaciones de producción" nacientes se ve desbordada en el terreno de la ciencia por los principios impuestos por el racionalismo. Los cambios sufridos en la dirección de la ciencia, si bien responden a cambios históricos, se deben principalmente a cambios en la estructura económica impuesta por las relaciones de producción, donde el interés de la clase dominante determina las directrices de la ciencia, la técnica y la educación como formas reproductoras de las condiciones materiales de la existencia de los hombres y su inserción dentro de los procesos sociales de manufactura y recreación de su participación en el trabajo.

Esta es la razón por la que "los orígenes y consolidación de la ciencia moderna coinciden con una etapa de profundos cambios económicos, sociales, políticos e ideológicos. Se ensancharon los mercados, echando abajo las murallas de las ciudades feudales, y unas veces por la sutil pero incontenible fuerza de los factores económicos, otras por el estallido de la pólvora, incorporada a las operaciones de guerra que, con supuestos políticos o religiosos, encubrieron la violenta expansión de nuevas fuerzas productivas". (p. 22).

Así, la expansión de los mercados demandó un avance acelerado de la ciencia, con el fin de acelerar los procesos de producción y aumentar la disponibilidad de objetos. Esta "industrialización" de los procesos productivos afectó de manera sustancial a la ciencia misma que, de pronto, se vio como un sofisticado sistema de desciframiento y reproducción de nuevas técnicas en la elaboración de los sistemas por los que se llega al conocimiento.

"Cuando se habla de la industrialización de la ciencia, la referencia es di-

recta a la creación de industrias específicas que demandan fabulosas inversiones de capital. Para construir reactores atómicos y plantas atomoeléctricas, o para crear y emplear materias primas y combustibles que no se conocían, o para aplicar nuevas formas de energía y transportar éstas a grandes distancias" (p. 59).

Este proceso potencial ha creado dos grandes grupos de países de acuerdo a la posesión o no posesión de los conocimientos científicos, técnicas de producción y distribución de la riqueza generada por el desarrollo de ambos campos. Las inversiones que se deben efectuar para el desarrollo y aplicación de principios científicos que modifiquen los procesos productivos volviéndolos más eficientes, son cada vez más frecuentes entre los dos grupos de países configurados.

Esta condición se debe al momento del despegue histórico de las potencias y su relación de dominación sobre extensas áreas productoras de materias primas. De tal suerte que mientras algunos países dedicaron sus recursos propios y los obtenidos de los países periféricos al desarrollo de la ciencia, la técnica, la cultura y la educación, los segundos no pudieron utilizar estos bienes en su beneficio particular.

"La dependencia de los países subdesarrollados ha sido extendida, profundizada y ajustada conforme a nuevas exigencias de las áreas en que establecen hegemonía los países industrializados, de los cuales el principal es Estados Unidos. A la motivación económico-financiera de los países del área dominante se ha añadido el control de los procesos de orientación, regulación y decisión del desenvolvimiento de la sociedad, mediante el monopolio que ejercen los sectores avanzados del capitalismo en el desarrollo y aplicación del conocimiento tecnocientífico, aspecto que ejerce marcada influencia en el campo educativo. En otros términos, los avances experimentados por la revolución tecno-científica han contribuido a ahondar más el abismo entre los países dependientes y los hegemónicos." (p. 80).

"En los países subdesarrollados, las oportunidades de ocupación y empleo, no son iguales a las que tienen en los países centrales, debido a las diferencias que existen en sus estructuras económicas. Esta situación puede considerarse como causa y efecto de un débil u obsoleto proceso educativo. Si se consideran las causas de las deficiencias educativas, se observa que ellas están determinadas por la debilidad económica de los países subdesarrollados, que no tienen la capacidad necesaria para impulsar planes y programas de alto rendimiento y, por otra parte, su nivel de desarrollo no les permite incorporar al proceso educativo sectores decididamente mayoritarios de su población.

"En estas condiciones, el efecto que se comenta se agudiza más cuando se trata de la educación superior, que, por su naturaleza, requiere una preparación básica en los niveles previos de la escolaridad y que es restringida en los países subdesarrollados. Esta realidad determinará una ausencia de cuadros profesionales, científicos y técnicos que constituyen los recursos humanos fundamentales para crear e impulsar un proceso de industrialización que permita cambiar la correlación entre la distribución internacional del trabajo y la distribución internacional del saber." (pp. 82-83).

La correlación en la distribución internacional del trabajo y su relación

con la ciencia, la técnica y la educación se agudiza en lo que sería su representación superestructural, pues en un afán de vincularse al proceso universal del desarrollo de la ciencia los países periféricos han invertido grandes cantidades de recursos con el fin de ingresar a este círculo de privilegio, entrando en el juego establecido por las potencias sin percatarse de que "la educación, antes que su función de agente de cambio, cumple con más facilidad el papel de mantener la estructura dominante. Esto quiere decir que la educación es utilizada preferentemente como instrumento ideológico para perpetuar la dependencia en sociedades controladas y orientadas hacia el servicio de necesidades extrañas a las propias". (p. 103).

Así el consumo de satisfactores secundarios y en muchos casos superfluos, si bien producidos utilizando instrumentos de producción enormes y complejos, ha desviado la atención de los países subdesarrollados hacia formas suntuarias de consumo, relegando en infinidad de casos el cumplimiento de necesidades apremiantes de las clases campesinas y marginadas urbanas, en beneficio de intereses económicos de la clase hegemónica de estos países.

Las sociedades de los países periféricos han intentado adoptar los modelos de la sociedad de consumo de los países industrializados con graves deterioros para la formación del individuo al convertir este tipo de consumo en un fin absoluto, opresivo y enajenante para el ser humano.

Una situación similar se da en las universidades de los países subdesarrollados que "de manera también paradójica, invocando la intangibilidad de su autonomía, dedican gran parte de sus esfuerzos a la investigación fundamental (sobre todo en el campo de las ciencias puras) y a tecnologías avanzadas que suelen no tener una relación directa con los principales problemas de la economía nacional. En este sentido es que una planeación educativa que incorpore la investigación científica como parte fundamental de la educación superior, contribuirá eficazmente a definir una atinada política de la ciencia orientada a superar las leyes transitorias de la dependencia" (p. 141).

Esta necesidad de adecuar la educación superior hacia formas que permitan un mejor aprovechamiento de los recursos con que pueden contar nuestros países, es quizá el germen más importante para la liberación de la opresión tecnológica con que los países centrales han dominado las relaciones de producción en todo el planeta.

De tal suerte que "la educación superior en nuestros países, puede desempeñar un papel altamente significativo para romper este tipo de determinismos ideológicos. Aquí yace el reto pedagógico que ha emplazado a la enseñanza moderna para que, asimilando las conquistas del saber integrado, busque nuevos caminos en la formación del hombre; en tal sentido, la educación superior, como elemento constitutivo de la sociedad en que vivimos está obligada a responder el desafío que el hombre se ha lanzado a sí mismo para no vivir atrapado por las maravillas de la ciencia y la técnica.

MARCO VINICIO BARRERA